

## EL PLANETA MARTE.

¿ Había sido yo juguete de un sueño?

¿Se habia transportado realmente mi espiritu al planeta Marte, ó bien era yo víctima de una ilusión absolutamente imaginaria?

El sentimiento de la realidad había sido tan vivo, tan intenso, y las cosas por mi vistas estaban tan conformes con las nociones científicas que ya poseemos sobre la naturaleza física del mundo marciano, que no podía abrigar duda ninguna sobre el caso, si bien consideraba con estupefacción aquel viaje estático y me hacia mil preguntas contradictorias.

La ausencia de Spero en toda esta visión me causaba gran extrañeza. Me sentía siempre tan intimamente enlazado con su querido recuerdo, que me parecia que debi adivinar su presencia, volar directamente à su encuentro, verle, hablarle y oirlo. ¿Mas no habría sido el magnetizado de Nancy juguete de su imaginación, ó de la mia, ó de la del experimentador? Por otra parte, aun admitiendo que mis dos amigos hubiesen encarnado de nuevo en este planeta cercano, me contestaba à mi mismo que es muy fácil no encontrarse cuando dos personas recorren la misma ciudad y, con mayor motivo, un mundo entero. Y sin embargo, lo que habria que invocar aquí no es el cálculo de las probabilidades. pues un sentimiento tal como el que nos había unido, debia modificar por fuerza el azar de los encuentros y echar en la balanza un elemento superior à todo lo demás.

Mientras discurría conmigo mismo, volví á mi observatorio de Juvisy, donde había preparado varias baterías eléctricas para un experimento de óptica que debía realizar en correspondencia con la torre de Montlhéry. Cuando me cercioré de que todo estaba perfectamente en orden, dejé á mi ayudante el cuidado de hacer las señales convenidas, de diez á once, y me marché á la antigua torre, donde me instalé una hora después. Había llegado la noche. Desde lo alto del antiguo torreón se divisa un horizonte perfectamente circular, enteramente abierte en toda su circunferencia, y que alcanza un radio de 20 á 25 kilómetros alrededor de dicho punto céntrico. Había otro punto de observación que comunicaba con nosotros y estaba en Paris. El objeto del experimento era saber si los rayos de los diversos colores del espectro luminoso tienen todos la misma velocidad de 500.000 kilómetros por segundo. El resultado fué afirmativo.

Las experiencias terminaron á eso de las once; pero como la noche estrellada era bellisima y empezaba á salir la luna, puse rápidamente á cubierto los aparatos en lo interior de la torre, y volvi á la plataforma superior para contemplar el inmenso paisaje iluminado por los primeros rayos de la luna naciente. La atmósfera estaba tranquila y tibia; casi hacía calor.

Mas cuando apenas llegaba al último peldaño, me detuve petrificado de espanto, lanzando un grito que pareció ahogarse en mi garganta. Spero, Spero en persona estaba delante de mí, sentado sobre el pretil. Alcé los brazos al cielo y creí que iba á desmayarme; pero él me dijo, con su suave voz, que tan bien conocia yo:

- ¿Qué, te doy miedo?

No tuve aliento para contestar ni para acercarme

à él; pero me atrevi à mirar de frente à mi amigo, que sonreía. Su querido rostro, iluminado por la

luna, era el mismo que yo habia visto en el momento

de salir de Paris para Cristiania, joven, agradable, pensativo, y de mirada muy brillante. Al fin dejé el último escalón y sentí

impulso intimo, que me llevaba á precipitarme ha-

cia él para
estrecharlo en mis
brazos;
pero no
me atrevi
y permaneci delante
de él mirán-

No tardé en

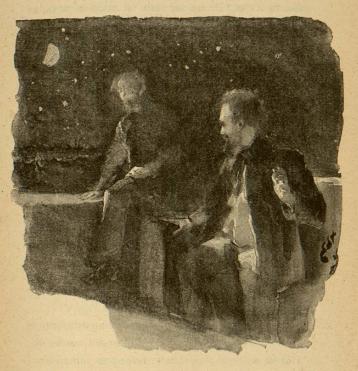
recobrar la posesión de mí mis-

dolo.

mo: « Spero, le dije entonces.... eres tú! »

-Estaba ahí durante tu experimento, me contestó.

y yo fui quien te dió la idea de comparar el extremo encarnado con el violado del espectro para conocer



la velocidad de las ondas luminosas. Sólo que por el momento era invisible, como los rayos ultraviolados.

— ¿Cómo es posible? añadi: déjame mirarte y palparte.

Pasé las manos por su rostro, por su cuerpo y su cabellera, y sentí la misma impresión que si se hubiera tratado de un ser vivo. Mi razón se negaba á admitir el testimonio de mi vista, de mis manos y de mis oídos, y sin embargo, no podía dudar de que fuera él. No hay parecido que llegue á tanto. Además, mis dudas habrian desaparecido desde sus primeras frases, pues no tardó en decir:

- En este momento se halla mi cuerpo durmiendo en Marte.
- -- ¿De modo, contesté, que sigues existiendo ... y al fin has obtenido la respuesta al gran problema que te preocupaba tanto?.... ¿YIclea?
- Vamos á hablar, replicó; tengo muchas cosas que decirte.

Sentème junto à él, en la orilla del ancho parapeto que domina la antigua torre; hé aquí lo que oí :

Poco tiempo después del accidente del lago de Tyrifiorden, mi amigo había creido despertarse de largo y pesado sueño. Estaba solo, en la negra noche, á orillas de un lago, sintiéndose vivo; pero sin poder verse ni tocarse. El aire no le producia sensación ninguna al chocar con él. No solamente era ligero, sino también imponderable. Lo que le parecía subsistir de su propio ser era la facultad de pensar

Su primera idea, al recordar estos hechos, fué que se despertaba de su caida en el lago noruego. Pero cuando llegó el día, notó que se encontraba en otro mundo. Las dos lunas que giraban rápidamente en el cielo, siguiendo sentidos contrarios, le hicieron pensar que se hallaba en nuestro vecino planeta Marte, y otras pruebas más confirmaron su idea.

Durante algún tiempo permaneció en estado de espíritu, reconoció allí la presencia de una humanidad muy elegante, en la cual reina como soberano el sexo femenino, gracias á su incontestable superioridad sobre el masculino. Los organismos son ligeros y delicados, la densidad de los cuerpos muy pequeña, y la gravedad más todavía; en la superficie de este mundo desempeña la fuerza papel muy secundario; la delicadeza de las sensaciones es todo. Allí existen gran número de especies animales y varias razas humanas, que presentan todas la particularidad de ser en ellas el sexo femenino más hermoso y fuerte (pues la fuerza consiste en la superioridad de las sensaciones) que el sexo masculino, y él es el que gobierna las cosas.

Su deseo de conocer la vida que ante si tenia lo resolvió à no permanecer mucho tiempo en estado de espiritu contemplativo, y à renacer bajo una forma corporal humana; dada la condición orgánica de aquel planeta, Spero eligió el sexo femenino.

Entre las almas terrestres que flotaban en la almósfera de Marte había encontrado ya (pues las almas se sienten) la de Iclea, que había seguido la suya, arrastrada por una atracción constante. Por su parte ella se sentía inclinada hacia una encarnación masculina.

Asi se habían reunido uno con otro en uno de los países más privilegiados de aquel mundo, como si hubieran estado destinados á encontrarse de nuevo en la vida y á compartir las mismas emociones, los mismos pensamientos y los mismos trabajos. Además, aunque la memoria de su existencia terrestre permaneciera velada y como borrada por la nueva transformación, un vago sentimiento les indicaba que había entre ellos parentesco espiritual, y apenas volvieron á verse, los unió inmediatamente viva simpatia. Su superioridad psiquica, la naturaleza de sus pensamientos habituales, el estado de su espíritu acostumbrado á averiguar los fines v las causas, les habían dado una especie de penetración intima, que los apartaba de la ignorancia general de los vivos. Habíanse amado tan pronto, habían experimentado de manera tan pasiva el influjo magnético de su encuentro, que no tardaron en constituir un solo y mismo ser, tan intimo como el que formaban al ocurrir la separación terrestre. Recordaban que va se habían visto en otra parte,

y pretendian que era en la Tierra, en aquel planeta cercano, que brilla al caer de la tarde con tan vivos resplandores en el cielo de Marte; y en sus vuelos solitarios por encima de las colinas pobladas de plantas aéreas se ponian á contemplar á veces el « lucero vespertino », procurando reanudar el hilo de la interrumpida tradición.

Un acontecimiento inesperado acabó por explicar sus reminiscencias y probarles que no se engañaban.

Los habitantes de Marte son muy superiores á los de la Tierra en su organización, en el número y agudeza de sus sentidos y en facultades intelectuales.

La circunstancia de ser muy escasa la densidad en la superficie de aquel mundo, y de pesar menos allá que aquí las substancias constitutivas de los cuerpos, ha permitido la formación de seres incomparablemente menos pesados, más aéreos, más delicados y sensibles. El hecho de que la atmósfera de Marte es nutritiva, ha librado allí á los organismos de las groseras necesidades terrestres. Es un estado completamente distinto del nuestro. La luz es menos viva que la terrestre, por causa de la mayor distancia al sol, y el nervio óptico más sensible. Como las acciones eléctricas y magnéticas son muy intensas en el mencionado mundo, los habitantes poseen

sentidos que nosotros desconocemos y que los ponen en comunicación con aquellas fuerzas. Todo se encadena en la naturaleza; los seres se adaptan en todas partes á los medios donde habitan y en cuyo seno han tenido origen. Tan dificil seria á los organismos revestir en Marte caracteres terrestres, como ser aéreos en el fondo del mar.

Además, el estado de superioridad preparado por este orden de cosas se ha desarrollado espontáneamente gracias á la facilidad de realización de todo trabajo intelectual. La naturaleza parece obedecer al pensamiento. El arquitecto de Marte que quiere tevantar un edificio, el ingeniero que desea modificar la superficie del suelo, ya se trate de edificar ó de demolir, de abrir tajos en las montañas ó de terraplenar los valles, no chocan como en la Tierra con el obstáculo del peso de los materiales y con las dificultades prácticas. Así es que el arte ha realizado allá-desde sus origenes rapidisimos progresos.

Otra cosa más. Como la humanidad marciana es varios miles de años más antigua que la nuestra, ha podido recorrer fases de su desarrollo que la terrestre no ha alcanzado aún. Nuestros más trascendentales progresos científicos son juegos de niños comparados con el saber de los habitantes de aquel planeta.

Principalmente en astronomía están mucho más

adelantados que nosotros y conocen la Tierra mucho mejor de lo que nosotros conocemos su patria.

Entre otras cosas, han inventado una especie de aparato telefotográfico en el cual recibe perpetuamente un rollo de tela, al ir extendiéndose, las imágenes de nuestro mundo, fijándolas de manera inalterable. Esas fotografías eternas se conservan por orden cronológico en un inmenso museo, consagrado especialmente à los planetas del sistema solar. Alli está toda la historia de la Tierra : la de la Francia de Carlomagno, la de Grecia en tiempos de Alejandro, la del Egipto de Ramsés. Sirviéndose de microscopios se pueden distinguir hasta los menores detalles, como Paris durante la revolución francesa, la Roma de los Borgias, la escuadrilla española de Colón llegando á América, los francos de Clodoveo tomando posesión de las Galias, el ejército de César detenido en la conquista de Inglaterra por la marea que dispersó sus naves, las tropas del rey David, fundador de los ejércitos permanentes, y así la mayor parte de las escenas históricas, fáciles de reconocer en ciertos caracteres especiales.

Un día que ambos amigos visitaban ese museo, su reminiscencia, hasta entonces vaga, se iluminó de pronto como un paisaje nocturno atravesado por un relámpago. En efecto, habían reconocido el aspecto de París durante la Exposición de 1867.

Esto dió precisión à sus recuerdos; cada uno de ellos sintió separadamente que había estado alli y en seguida ambos quedaron dominados por la certidumbre de haber vivido juntos. Su memoria fué aclarándose poco à poco, no por intermitentes resplandores, sino más bien como va aumentando la luz à partir del momento en que despunta la aurora.

Entonces ambos recordaron como por una inspiración súbita, estas palabras del Evangelio:

« En la casa del Señor hay varias moradas. »

Y estas otras, de Jesús à Nicodemo :

« En verdad te digo que si un hombre no vuelve à nacer, no verá el reino de Dios... es preciso que nazcáis de nuevo. »

Desde ese dia no les quedó duda ninguna de su existencia terrestre anterior, y se convencieron de que continuaban en el planeta Marte su vida precedente. Ambos pertenecían á la categoría de los grandes talentos de todos los siglos, que saben que el destino humano no acaba en el mundo actual, sino que continúa en el cielo — y que también saben que cada planeta, Tierra, Marte, etc., es un astro del cielo.

El hecho singular del cambio de sexo, que me parecia deber tener cierta importancia, carecia de ella por completo según parece. Contra lo que entre nosotros se admite, Spero me dijo que las almas no tienen sexo y que su destino es idéntico. También supe que en aquel planeta, menos material que el nuestro, la organización no se parece en nada á la de los cuerpos terrestres. Las concepciones y los nacimientos se efectúan de manera distinta que aqui, y en forma que recuerda la fecundación de las flores y su desarrollo. El placer no viene acompañado de amargura; allí no se conocen las pesadas cargas terrestres ni los desgarramientos del dolor. Todo es más aéreo, más etéreo, más inmaterial que en nuestro mundo. Podría decirse que los marcianos son flores vivas, aladas y que piensan; pero en realidad ningún ser terrestre podría servirnos de término de comparación para ayudarnos á concebir su forma y modo de existencia.

Yo oía el relato del alma difunta casi sin interrumpirlo, pues me parecía siempre que iba á desaparecer de la misma manera que había llegado. Sin embargo, al recordar mi sueño, que la coincidencia de estas descripciones con lo que yo había visto me recordaba, no pude menos de referir á mi celeste amigo aquel suceso, expresándole mi extrañeza por no haberlo encontrado en Marte, y diciéndole que esto me hacía dudar de que realmente lo hubiese efectuado.

— Pero si te vi, replicó, y tú también me viste y me hablaste... Pues yo era. . »

La entonación de su voz fué tan singular, al decir estas últimas palabras, que reconocí inmediatamente la melodiosa voz de la hermosa marciana que tal impresión me había producido.

— Sí, añadió, era yo, que quise darme á conocer; pero tú, á pesar de que parecias deslumbrado por aquel espectáculo que cautivaba tu ánimo, no te desprendías de las sensaciones terrestres, seguias siendo sensual y terreno y no lograste elevarte hasta la percepción pura. Sí, yo fui quien te tendió los brazos para hacerte bajar del carro aéreo á nuestra morada, cuando de pronto te despertaste.

— ¿Pero si tú eres esa marciana, exclamé yo, cómo es que me apareces aqui bajo la forma de Spero, que ya no existe?

— Yo no estoy produciendo acción ninguna sobre tu retina y tu nervio óptico, replicó, sino en tu ser mental y tu cerebro. En este momento me encuentro en comunicación contigo y ejerzo influjo directo sobre el centro cerebral de tus sensaciones. En realidad, mi ser mental no tiene forma, lo mismo que el tuyo y que todas las almas. Pero cuando me pongo como en este momento en relación directa con tu pensamiento, no puedes verme sino como me has conocido. Lo mismo ocurre durante el sueño, esto es, durante un período superior á la cuarta parte de vuesta vida terrestre — de setenta

años veinte; — en ese caso veis, ois, habláis y palpáis con la misma impresión, con la misma claridad, con la misma certidumbre que en las horas de existencia normal, y sin embargo, vuestros ojos están cerrados, vuestro tímpano es insensible, vuestra boca está muda, y vuestros brazos están extendidos sin movimiento. Otro tanto ocurre en los estados de sonambulismo, de hipnotismo y de sugestión. Tú me ves, me oyes y me tocas por medio de tu cerebro, sobre el cual actúo yo. Pero mi existencia bajo la forma que tú me atribuyes, es análoga á la del arco iris, que sólo tiene realidad en la vista del observador.

— ¿Podrias acaso aparecérteme con tu forma marciana?

— No, á menos que no seas transportado en espíritu á mi planeta. Este sería un medio de comunicación completamente distinto. Aquí, en nuestra conversación, todo es subjetivo para ti. Los elementos de mi forma marciana no existen en la atmósfera terrestre y tu cerebro no podría representárselos. No podrías volverme á ver más que por el recuerdo de tu sueño de hoy; pero apenas quisieras analizar los detalles, se desvanecería la imagen. Tú no nos viste exactamente tales como somos, porque tu espíritu no puede juzgar sino por medio de tus ojos terrestres, que no son sensibles á